



ARRAIGADO *en* DIOS

*31 devocionales para meditar
en la Palabra*

GERSON MOREY

Arraigado en Dios: 31 devocionales para meditar en la Palabra

© 2022 Gerson Morey

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor y de Coalición por el Evangelio. Copiar, imprimir y vender este libro es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Un recurso de Coalición por el Evangelio.

Coalición por el Evangelio
coalicion@thegospelcoalition.org
www.coalicionporelevangelio.org

PREFACIO

En el primer salmo se compara al hombre justo con un árbol arraigado junto a corrientes de aguas, que da su fruto a su tiempo y su hoja nunca cae. Además, el salmista nos enseña que la primera cualidad de esta persona es que halla deleite en la ley divina. Es decir, disfruta someterse a ella, la conoce, la lee, la cree y la medita de día y de noche. Para el justo que lleva una vida de buenos frutos, la verdad divina es su delicia.

Esta es una prueba más en la Biblia de que Dios ha conectado la vida fructífera de Su pueblo con Su palabra. Esto no sorprende porque Él obra por medio de ella. Dios actúa cuando habla. Como se relata en Génesis, Él creó la vida por medio de Su Palabra y el Nuevo Testamento enseña que Dios regenera a pecadores por medio de la predicación del evangelio (1 Co 1:21; 1 P 1:23; Stg 1:18). La creación y la redención son llevadas a cabo por medio de Su Palabra.

Ahora bien, la santificación de Su pueblo no es una excepción. Nuestro crecimiento cristiano está ligado a la Palabra de Dios. De ahí la insistencia para leerla, conocerla, abrazarla, obedecerla y tenerla presente en mente y corazón.

Escribí este pequeño ebook con treinta y una lecturas devocionales para los hermanos de mi congregación, la Iglesia Día de Adoración, y espero sea de edificación para todo el que lo lea.

Estas reflexiones son una invitación a un tiempo de comunión con Dios por medio de la meditación de la Escritura. Conocer, disfrutar y tener comunión con el Señor por medio de Su palabra es lo que impulsa la obediencia y es el instrumento de Dios para hacernos fructíferos.

Mi oración es que estas meditaciones te ayuden en tres sentidos: primero, a colocarte delante de Dios; segundo, a traer para cada día la verdad bíblica delante de ti; y tercero, que puedas encontrarte con Cristo. Sí, el mismo Cristo que murió y resucitó por pecadores es hallado en las páginas de la Biblia. Que seas un creyente que crece en el deleite por Su Palabra, que la medites de día y noche, y que Dios te haga como un árbol que permanece arraigado en Él, para que des fruto de justicia y vida eterna, para tu bien y Su Gloria.

En Cristo,

— Gerson Morey
Florida, noviembre del 2022

RECONOCE EL SEÑORÍO DE DIOS

Por tanto, reconoce hoy y reflexiona en tu corazón, que el SEÑOR es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra; no hay otro (Deuteronomio 4:39).

«Reconoce», demanda el autor inspirado. Esto de aprender, saber, reflexionar o entender (porque así también se puede traducir esta palabra) es un ejercicio que involucra mente y corazón. Es instructivo que el Señor le diga esto a Su pueblo. Esto significa: «Oh, Israel, lo que debes saber y lo que debes tener presente en tu mente y corazón es que Jehová es Dios de los cielos y de la tierra». Es decir, el Señor no solo es el Dios de ustedes, sino también el Dios de toda la creación.

Él está por encima de todo, es soberano sobre todo y es juez de todos. Esa es la idea central del discurso de Moisés. Esa es la realidad que debe estar presente y debe gobernar nuestras vidas. También debe ser el punto de partida y el marco de referencia para todo lo que vemos, hacemos y pensamos. Dios es nuestro mayor contexto y realidad más grande. No podemos escapar de Él, porque Él lo satura todo.

Lo anterior me hace recordar las palabras de John Frame, mi profesor en el seminario, que dijo algo memorable: «Estamos en el mundo de Dios, bajo las leyes de Dios y en la presencia de Dios». Esta es una gran verdad que está sobre cada persona que ha existido en todo lugar y en todo tiempo. Sean bautistas o presbiterianos; budistas o hindúes; ateos, agnósticos o lo que sea; todos estamos en el mundo creado

creado por Dios y vivimos bajo Sus reglas (aunque todos las quebrantamos en algún momento). Todos estamos de cara a Dios, el cual es testigo de todo lo que hacemos en este mundo.

Dios es la más viva, evidente, gloriosa y esperanzadora realidad del universo. Este es Su mundo. Él lo rodea y lo llena todo. Él quiso —desde los días de Moisés— que Su pueblo sea consciente de esta verdad eterna; que sea una convicción dominante en su forma de pensar, influyente en sus decisiones y determinante en sus vidas. Por eso les dice que deben tener estas cosas grabadas en lo más profundo de su ser: en su mente y corazón.

Que la realidad objetiva de Dios sea aquello que toque lo más íntimo de nuestras almas y afecte todas nuestras facultades, dominándolas y transformándolas. Eso es lo que el Señor quiso de Su pueblo. Que así sea con cada uno de nosotros.

VIVAMOS PARA EL ETERNO

Porque:

«TODA CARNE ES COMO LA HIERBA,
Y TODA SU GLORIA COMO LA FLOR DE LA HIERBA.
SÉCASE LA HIERBA,
CÁESE LA FLOR,
PERO LA PALABRA DEL SEÑOR ES PARA SIEMPRE».
Esa es la palabra que a ustedes les fue predicada
(1 Pedro 1:24-25).

Nuestra vida es como la hierba y la flor que un día están y al siguiente desaparecen. Pasajera, así es nuestra existencia. Pedro dice que así también es la gloria del ser humano. En otras palabras, todo es temporal: las cosas en las que pone su confianza o encuentra su mayor deleite; las cosas en las que deposita su esperanza y en las que se gloria y se jacta. Hoy están y mañana no.

Lo primero que Pedro nos quiere mostrar con esta manera de hablar es que estimar lo terrenal como si fuese permanente es poco sabio. Es insensato e inútil vivir obsesionado por las cosas de este mundo. La existencia humana va mucho más allá de los años en esta tierra. Debemos vivir conscientes de que la vida en esta tierra es un peregrinaje inexorable hacia nuestro funeral. Sin embargo, los creyentes tenemos buenas noticias.

Lo segundo que Pedro nos dice son palabras que nos animan a vivir para lo eterno. El apóstol nos recuerda que nuestra vida es breve como la flor y la neblina; frágil y transitoria. Por eso debemos vivir para Cristo, en quien está lo que no

perece ni se marchita. Esa es la vida más sabia y la que no tiene desperdicio.

No centremos nuestra vida en los bienes terrenales que un día perecerán. No descansen en las cosas pasajeras de este mundo ni las estimemos como si fueran permanentes. Enfoquemos nuestra existencia en lo celestial. Pongamos nuestra confianza y esperanza en la salvación que la Palabra ofrece. Descansen en la vida nueva y el perdón que la Biblia nos anuncia. Valoremos la adopción de hijos que la Escritura proclama y celebremos como lo más importante la comunión con Dios, la gracia y la vida eterna en Cristo Jesús.

Somos como la flor que se marchita pronto y como la neblina que desaparece rápido. Frágil y transitoria es nuestra vida. Temporal y endeble. Vivamos para lo eterno y para el Eterno.

UNA SENSIBILIDAD AGUDA

Contra Ti, contra Ti solo he pecado,
Y he hecho lo malo delante de Tus ojos,
De manera que eres justo cuando hablas,
Y sin reproche cuando juzgas
(Salmos 51:4).

El pecado es la realidad más horrenda en esta creación. El pecado es un terrible mal, no solo porque nos contamina, nos destruye y nos roba el gozo, sino también —y sobre todas las cosas— porque es una ofensa contra el Dios santo.

El pecado es desobediencia a Dios, es transgresión de Su ley e impiedad; es maldad, orgullo, corrupción y un desafío a la autoridad divina. Es una declaración arrogante de independencia. Es cambiar a Dios por algo creado. Es tomar la adoración, la lealtad, la confianza y la honra que debemos a Dios para ofrecerlas a otras cosas o personas. Es preferir algo más antes que a Dios. En el centro de todo pecado, sea cual sea, hay un desprecio al Creador y una profunda indiferencia hacia Su gloria. El pecado es un crimen porque atenta contra la gloria de Dios.

Si es así, entonces una buena pregunta que los creyentes debemos hacer es: *¿cómo debemos reaccionar cuando incurrimos en un pecado? ¿Cuáles son las emociones apropiadas como respuesta ante la realidad del pecado?*

En estos versos, el rey David nos modela una respuesta consistente ante este mal inmenso.

Siendo conforme al corazón de Dios (1 S 13:14), cometió un agravio terrible. El gran cantor de Israel se dejó llevar por sus pasiones, cedió a la tentación y se lanzó decididamente hacia la maldad de su propio corazón.

Sin embargo, David por fin lamenta su pecado y responde con amargura y tristeza; reacciona con desesperación y vergüenza. Esa es la respuesta más sensata y piadosa a nuestro pecado. Es una reacción coherente a este mal terrible. Esa sensación de tristeza y miseria es lo que lleva a David a humillarse ante Dios, refugiarse en Él e invocar Su misericordia.

Oremos y pidamos al Señor que nos otorgue eso, una sensibilidad aguda hacia la realidad del pecado. La reacción apropiada a nuestra iniquidad es el rechazo hacia ella acompañado de una respuesta piadosa.

Al final, ese es el camino a una mayor sensibilidad y experiencia del favor de Dios. El puritano Richard Sibbes decía que el santo «juzga al pecado como el mayor de todos los males y el favor de Dios como el mayor de todos los bienes». Cuando más duele el pecado, más viva y reconfortante es la experiencia de Su gracia.

RESUCITADO PARA NUESTRA JUSTIFICACIÓN

El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación
(Romanos 4:25).

Debemos meditar en la innegable, poderosa y permanente realidad del pecado y la transgresión de la ley de Dios. El pecado es algo que todos experimentamos en alguna u otra forma, aunque las personas sin Cristo no lo llamen así y no sean conscientes de ello.

Por ejemplo, el pecado es una realidad que conlleva culpa. Todos conocemos esta sensación de culpa cuando hacemos algo indebido. La mentira, la infidelidad, la manipulación, la deslealtad, el robo, el fraude, etc. Todas estas son cosas que pueden traer (y con mucha razón) una sensación fuerte de culpa. Nos sentimos con una carga de conciencia que nos inquieta y esto no es una simple debilidad mental. Es una reacción natural de nuestra mente que sabe lo que es malo y bueno. ¡Cuán terrible y real es la culpa para los seres humanos!

Por otro lado, el pecado es una fuerza que nos seduce, nos atrae, nos mueve y arrastra a obedecerle. Es un poder que toma y domina a los hombres. Es una realidad de la que no podemos escapar y con la que lidiamos a diario. Hay una inclinación en nosotros a hacer lo indebido y actuar contra lo que dicta nuestra conciencia. La ira, el enojo, la lujuria, la codicia o el resentimiento son todas pasiones que pueden

dominar a hombres y mujeres por completo. ¡Cuán terrible y real es el poder del pecado en los seres humanos!

Se les pueden cambiar los nombres, pero la culpa y el deseo pecaminoso son dos realidades imposibles de ignorar. El pecado es una parte común y frecuente de la experiencia humana. Es cierto que las guerras, el hambre y las injusticias de este mundo también evidencian la realidad del pecado. Sin embargo, son solo efectos externos del pecado que habita en el interior del ser humano.

Por eso es tan importante la declaración de Pablo cuando afirma que nuestro Señor fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación (Ro 4:25).

En la ejecución del Hijo de Dios hay una respuesta para este gran problema de nuestra condenación. En la muerte y resurrección de Jesucristo está el remedio a esta enfermedad terrible y poderosa que supone el pecado: nuestra justificación. El problema del pecado encuentra una solución concreta en la sangre que derramó el Hijo de Dios en la cruz.

La cruz y la resurrección no son solo eventos históricos con algún potencial. Ambos eventos logran y aseguran algo específico. Logran perdón de la culpa, liberan del poder del pecado, traen redención, justifican y reconcilian. Cristo fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación. Su muerte y resurrección son los medios por los que Dios nos salva objetivamente de esta realidad innegable llamada pecado.

¡Gloria a Dios por Su obra salvífica!

GOZO EN MEDIO DE LA PÉRDIDA

Porque tuvieron compasión de los prisioneros y aceptaron con gozo el despojo de sus bienes, sabiendo que tienen para ustedes mismos una mejor y más duradera posesión
(Hebreos 10:34).

El autor de Hebreos afirma que los creyentes de descendencia hebrea habían sufrido la pérdida de sus bienes. Sin embargo, resalta que lo hicieron con gozo. Es decir, la sensación que los dominó no fue de tristeza, pesar y amargura cuando perdieron sus posesiones. ¡Estaban llenos de gozo! Pero este no es un gozo sin sentido e irracional. No se gozaron porque perdieron sus posesiones, sino porque su gozo lo producen sus posesiones espirituales en Cristo, y ese gozo perduró incluso cuando perdieron lo terrenal. Por eso el texto reconoce que ellos «aceptaron con gozo el despojo de sus bienes».

Ahora bien, las posesiones terrenales no solo son materiales. Las posesiones terrenales son las cosas que este mundo valora, incluso las cosas buenas: la seguridad financiera, la buena reputación, un estatus respetable, la aprobación de las personas, el hallar una pareja, el entretenimiento, el descanso, la paz familiar, la libertad, el placer, los privilegios y derechos de vivir en una sociedad libre, la libertad de expresión, la salud, etc. Sin embargo, se pueden convertir en nuestros ídolos, en aquello que más valoramos; lo que nos sacia y define, lo que produce gozo y estabilidad en nosotros.

Ante esta realidad, debemos buscar ser creyentes «desprendidos». Sin ataduras por las cosas que atan a la humanidad; sin obsesiones por aquello por lo que la gente se obsesiona, sin apegos por los bienes de este mundo. Busquemos ser personas «desprendidas» incluso de las cosas buenas de este mundo.

A veces Dios trae aflicción y nos despoja de los bienes de este mundo para que descubramos cuánto los valoramos y cuán apegados estábamos a ellos.

Pero hay una segunda razón para la dificultad. Dios ordena y permite ciertas aflicciones para que, en medio de la tristeza por la pérdida, corramos a Cristo y nos refugiemos en Él, y así experimentemos —quizá en nuevas medidas— cuán precioso y abundante es Cristo. Dios nos despoja de esos bienes, en Su sabiduría y misericordia, para que descubramos Su suficiencia. Dios nos priva de las posesiones terrenales para que nos demos cuenta y experimentemos que Cristo es mayor que todas ellas.

¡Bendito sea nuestro Señor por Su suficiencia infinita en medio de nuestras pérdidas terrenales!

GRACIA A USTEDES Y PAZ

...en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia a ustedes y paz
(1 Tesalonicenses 1:1).

El saludo conocido con el que Pablo inicia sus cartas, «gracia y paz», son palabras que comunican mucho más que un simple saludo.

En el pensamiento de Pablo, la palabra «gracia» es una realidad profunda e insondable. El concepto de gracia para este siervo de Dios era tan vasto que saturaba todas sus cartas. Pero desde una perspectiva general, «gracia» hace referencia al favor inmerecido que Dios mostró en la salvación de los pecadores, es Su bondad y misericordia mostradas a personas indignas.

Gracia es esa condescendencia que Dios muestra por los pecadores para darles lo que no merecen y tratarlos con bondad. Gracia es lo que Dios otorgó a los hombres en la persona de Cristo. Finalmente, la gracia es una persona: Jesucristo.

La paz, por otro lado, es el resultado de la obra de gracia efectuada por Cristo. La paz es el efecto del movimiento de la gracia. El ser humano está enemistado con Dios a causa de su pecado. El pecador es un enemigo de Dios, pero en virtud de esa obra de gracia, Cristo ha obtenido paz para nosotros. Cristo llevó la ira de Dios por nuestros pecados y nos ha reconciliado con Él. La paz con Dios es el fruto y efecto de la

gracia.

Ahora bien, estas dos gloriosas realidades están tan presentes en la mente y el corazón de Pablo, que las ha incorporado en algo tan sencillo y cotidiano como un saludo. Pablo está tan tomado por esta gracia y por su efecto, que no puede evitar ser desbordado por ella. La gracia lo sobrepasa, lo sobrecoge y lo domina.

Entonces, ¿por qué Pablo empieza sus cartas diciendo: «Gracia a ustedes y paz»? Creo que podemos decir que su razón para este saludo puede ser descrita de tres maneras.

Primero, porque lo hace como una *descripción del evangelio*. En este saludo se está haciendo hincapié en lo que mueve a Dios para salvarnos (gracia) y en el efecto de esa salvación (paz).

Segundo, es una *celebración del evangelio*. Cuando Pablo dice «gracia y paz», celebra que ahora tenemos lo que antes no teníamos. Antes estábamos condenados por el pecado y enemistados con el Creador. En Cristo, hoy estamos bajo los nuevos beneficios de un nuevo estado de cosas: «Gracia y paz».

Tercero, estas palabras reflejan un deseo por una mayor y más profunda experiencia de la gracia y la paz de Dios. Un llamado a procurarla y a depender de ellas. Este saludo también supone un llamado a ser dominados por la realidad de nuestra redención; una invitación a dejar que todo lo que somos y tenemos en Cristo sea lo más fundamental de nuestra vida.

¡Gracia y paz a ustedes!

MÁS BIENAVENTURADO ES DAR QUE RECIBIR

En todo les mostré que así, trabajando, deben ayudar a los débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20:35).

Pablo se llama a sí mismo un esclavo de los hombres, dando a entender que su vida la pondría al servicio de los demás (1 Co 9:19). A partir de su conversión, él buscaría servir, bendecir y edificar a las personas. Consideraba que el evangelio le imponía una obligación hacia los demás. Por eso decía: «A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor» (Ro 1:14).

Reflexionemos en esto y combinemos este sentir de Pablo junto con las palabras de nuestro Señor: «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hch 20:35). Darse, entregarse y ofrecerse es, según Jesucristo, la manera para experimentar una dicha mayor.

Es inevitable hacer la conexión entre el gozo, la alegría y el deleite por un lado, y la ayuda, el sacrificio y el servicio por el otro. Nuestro Señor une ambas realidades.

Me pregunto: ¿será que nuestro gozo y deleite en Dios no es más profundo ni más extenso porque hemos descuidado el servicio y la entrega hacia los demás? ¿Será que a veces nos consumimos tanto en nuestras luchas y dificultades para hundirnos en la tristeza, angustia y monotonía?

¿Será que deberíamos levantar la mirada con más frecuencia para ver a quién podemos ayudar, a quién podemos servir, y así experimentar más el gozo cristiano?

«Más bienaventurado es dar que recibir». Una dicha mayor se experimenta cuando ponemos nuestra vida a disposición y al servicio de otros. Cuando ofrecemos nuestro tiempo, energías y recursos para que otros reciban alivio, aliento y ayuda estamos colocándonos ante la oportunidad de un gozo mayor. Eso fue lo que Cristo hizo. El hombre más feliz del mundo también se dio por los demás.

Quizá nuestro gozo que es débil y esporádico necesita un poco de generosidad, servicio y sacrificio para renovarse. La abnegación y la entrega por el bien de otras personas hacen más fuerte y más frecuente nuestra sensación de deleite en el Señor.

«Más bienaventurado es dar que recibir».

SIRVIENDO CON AMOR Y GOZO

A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor
(Romanos 1:14).

Me confronta pensar en esta descripción que Pablo da de sí mismo. Su visión de la vida, su visión de él mismo y su visión de la iglesia me desnuda, me confronta y me expone.

En varias ocasiones, Pablo expresa esta convicción: «A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor» (Ro 1:14); «Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos» (1 Co 9:19); «Como también yo en todas las cosas agrado a todos, no procurando mi propio beneficio, sino el de muchos, para que sean salvos» (1 Co 10:33).

Pablo se consideraba deudor de los hombres, siervo de todos y no buscaba su propio beneficio sino el de otros. Era un hombre consagrado a la causa de Cristo, que vivía despojado de todo interés propio poniendo por encima a los demás. Él era un hombre libre del estrés y de la esclavitud que produce la obsesión terrenal por nuestra propia comodidad y seguridad. El bienestar de las personas era su deber, su aspiración, su ideal y su ocupación. Pablo no se pertenecía ni se sentía dueño de sí mismo. Él era de Cristo y de los hombres.

¡Qué visión de vida! ¡Qué visión personal! ¡Qué convicción!
¡Qué espíritu!

Asimismo, Pablo llamaba a los demás a este mismo sentir. Por eso exhortaba a los corintios: «Nadie busque su propio bien, sino el de su prójimo» (1 Co 10:24).

Esto nos recuerda que no debemos mirar solamente con admiración lejana a Pablo como si fuese una especie de superhombre cuyo ejemplo de vida pareciera un ideal inalcanzable. Él también tenía sus limitaciones y desafíos. Él también luchaba con el pecado y, sobre todo, también necesitó ser redimido por el mismo evangelio y Salvador al que acudimos nosotros hoy. ¡Cuánta esperanza nos trae esta realidad!

Cuando el evangelio se vive a diario, el espíritu de Cristo va transformando nuestro interior y le va dando forma a toda nuestra vida. Un corazón que es tocado diariamente por la gracia de Cristo estará orientado hacia la generosidad y una vida de servicio amoroso y gozoso a los demás.

¡Que el Señor nos ayude!

UN GOZO ETERNO

Sin embargo, no se regocijen en esto, de que los espíritus se les sometan, sino regocijense de que sus nombres están escritos en los cielos
(Lucas 10:20).

Decir que Cristo es nuestro Señor también supone que es el Señor de nuestras emociones. Él nos dice cuándo y cómo gozarnos, y cuándo y cómo lamentarnos. Él también nos enseña cuáles son los fundamentos de nuestros sentimientos.

En este pasaje, Jesús comparte con Sus discípulos la razón más importante para estar gozosos. Es decir, les indica cómo y en qué circunstancias sus emociones deben ser expresadas.

Cuando los setenta obreros vuelven a Jesús y se gozan porque los demonios se sujetan a ellos, el Señor les dice que sería mejor gozarse de que sus nombres están escritos en los cielos. Es decir, si van a llenarse de gozo, que sea por las razones más trascendentales y que poseen valor eterno.

Esto es sorprendente porque los discípulos están felices de los frutos que vieron en su predicación. Están contentos y tienen razones legítimas para estarlo. Se han gozado por algo justo. Pero Jesús los desafía a enfocarse en el gozo y la alegría que supera incluso a las cosas buenas que hacemos en Dios.

Jesús enseña a Sus discípulos a celebrar con mayor entusiasmo y alegría aquellas cosas que tienen un valor

eterno. «Regocíjense de que sus nombres están escritos en los cielos», dice nuestro Señor. Es decir, celebren que son salvos, que han sido perdonados, que tienen vida eterna y un día estarán en los cielos.

Nuestras mayores expresiones de júbilo no deben surgir de motivos intrascendentes de nuestra existencia. Jesús quiere gobernar sobre nuestro corazón. Él desea que nuestras emociones y sentimientos estén dominados por las verdades de nuestra redención, por la realidad de lo que somos y tenemos en Cristo. Lloremos y estemos tristes por los motivos que en verdad ameritan que lo estemos, y celebremos jubilosos aquellas razones que son dignas de hacerlo.

El Señor nos recuerda: «Si soy tu Señor, también debo ser Señor de tu corazón, de tus gozos, de tus emociones y sentimientos».

SU GRACIA ES SUFICIENTE

Y Él me ha dicho: «Te basta Mi gracia, pues Mi poder se perfecciona en la debilidad». Por tanto, con muchísimo gusto me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí. Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo, porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Corintios 12:9-10).

Pablo dice que se gloriará en las debilidades para que el poder de Cristo repose sobre él. Las debilidades para Pablo eran aquellas pruebas, necesidades, angustias y persecuciones que sufría. La palabra «debilidad» es una manera de expresar no solo lo que experimentaba, sino también su propia fragilidad e impotencia ante tales circunstancias.

«Me complazco» dice Pablo, «porque cuando soy débil, entonces soy fuerte». Por lo general son esos momentos de debilidad, aflicción, angustia, o de necesidad los que nos permiten experimentar el poder del Cristo resucitado. El Señor le afirma a Pablo: «Mi poder se perfecciona en la debilidad».

Consideremos eso desde dos aspectos: Primero, la debilidad, aflicción y necesidad de Pablo será ocasión para que Dios le demuestre Su poder. Segundo, Pablo en medio de su debilidad podrá experimentar una mayor medida de ese poder. Es en la fragilidad, en la necesidad y angustia que podemos experimentar un mayor grado del poder de Dios.

La gracia de Dios es un poder que sostiene, transforma y

fortalece. ¡Es un poder que vivifica! Durante esos momentos desagradables, dolorosos y tristes, cuando experimentamos nuestra fragilidad o sentimos nuestra debilidad e impotencia, es cuando estamos en una mejor posición para recibir de Su gracia inmensurable. En las épocas difíciles estamos más preparados para experimentar el gran poder del Cristo resucitado. Es un poder que nos renueva, nos fortalece, nos levanta y nos anima.

Meditemos en esta preciosa verdad y recibamos esperanza de ella.

NADIE COMO ÉL

Entonces el SEÑOR me dijo: «Ve otra vez, ama a una mujer amada por otro y adúltera, así como el SEÑOR ama a los israelitas a pesar de que ellos se vuelven a otros dioses y se deleitan con tortas de pasas» (Oseas 3:1).

El Señor le pide al profeta Oseas que se case con una mujer adúltera, no solo para ilustrar cómo Su pueblo le fue desleal, sino también para que el profeta sienta en carne propia la intensidad del amor de Dios y lo que Él siente por la falta de lealtad de los Suyos.

El amor entre un hombre y una mujer es uno de los sentimientos más profundos, poderosos y preciosos de la existencia humana. Es una experiencia que captura la mente y las emociones. Es una realidad intensa que influye en todo lo que somos y hacemos. Este sentimiento nos atrapa y se convierte en prioridad y motor de nuestras actividades, proyectos y de la vida entera. El amor tiene un alto impacto en todo lo que hacemos.

Así es el amor de Dios por Su pueblo y eso es lo que Oseas nos quiere llevar a entender. Es más, el libro entero es la descripción y el drama del amor de un gran y buen amante por su esposa inconstante e infiel. Ese amor es intenso, profundo e inmenso.

Tal es el amor que Dios tiene por nosotros. Somos un pueblo de gente inconstante, infiel y desleal, pero somos amados.

Escandalosamente amados y deseados por un Dios bueno, fiel y compasivo. Aquí tenemos una realidad trascendental: nuestra indiferencia y falta de lealtad contrastan con el Dios que se mostró fiel hasta la muerte en la cruz. Nuestro amor intermitente es la antítesis del amor divino. Oseas nos recuerda la gran lealtad que el Señor tiene por Su pueblo. Su amor fiel es lo más seguro que tenemos en esta vida y es nuestra única esperanza para el futuro.

El Dios de los cielos es un esposo y amante fiel de Su pueblo.
¡Nadie como Él!

EN VIDA Y MUERTE, SOMOS DEL SEÑOR

Pues si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos
(Romanos 14:8).

¡Somos del Señor! Esto es cierto no solo en virtud de haber sido creados por Dios, sino también por causa de nuestra redención. Él nos formó y también nos compró en Cristo. Le pertenecemos al Señor en cuerpo y alma, en vida y muerte.

Lo primero que se desprende de estas palabras es el hecho de que si podemos vivir para Dios, también podemos morir para Él. Nuestra muerte será para el Señor y Su gloria. La afirmación «si morimos, para el Señor morimos» puede ser difícil de entender, pero la implicación de las palabras de Pablo nos llevan a entender que el día en que dejemos de vivir en este mundo, sea como sea nuestra muerte, traeremos gloria al nombre del Señor. Nuestra muerte también es para el Señor y en ese día también se podrá decir: «¡Gloria a Dios!».

Estas palabras también afirman que, a pesar de la muerte, seguiremos siendo posesión del Señor. Cuando nuestra alma vaya a Su presencia y nuestro cuerpo descanse en el ataúd, seguiremos siendo Suyos. La muerte no altera ni un ápice el hecho de que le pertenecemos a Dios. La muerte no es lo más definitivo de la existencia humana, pero sí lo es nuestra relación con Dios. Morir no cambia nada para los redimidos

ni afecta lo que somos en Cristo. Morir no nos despoja de lo que tenemos en Él.

¡Qué visión gloriosa de la muerte nos ofrece el evangelio!
¡Cuánta esperanza hay al pensar en nuestra muerte! ¡Qué esperanza preciosa saber que seguiremos siendo del Señor al morir!

Le pertenecemos al Señor en cuerpo y alma. En vida y muerte, somos del Señor.

DIOS CUMPLE SUS PROMESAS

Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que Él había prometido por medio de Sus profetas en las Sagradas Escrituras. Es el mensaje acerca de Su Hijo, que nació de la descendencia de David según la carne (Romanos 1:1-3).

Cuando leemos a Pablo mencionar que Jesús era del linaje de David, debemos preguntarnos: ¿De qué nos sirve saber eso? ¿Cómo nos edifica a los creyentes del siglo XXI entender que Jesús vino del linaje de David?

Afirmar que Jesús proviene del linaje de David hace referencia a que Jesús es el Mesías que Dios había prometido a los judíos. Este texto es una declaración indirecta de la humanidad de Cristo, pero también nos dice algo acerca del carácter de Dios: Él cumple Sus promesas. Dios había prometido un Salvador a Su pueblo (2 S 7:12- 14) y lo cumplió con la llegada de Cristo.

Hasta el día de hoy, Dios no ha cambiado. Él sigue siendo el mismo y continúa cumpliendo Sus promesas de perdonarnos cuando fallamos, Su promesa de estar con nosotros todos los días, Su promesa de guardarnos hasta el final, Su promesa de hacernos cada día más como Cristo, Su promesa de que volverá por Su iglesia y nos llevará con Él, Su promesa de que viviremos con Él y gozaremos eternamente de Él.

Esa es la implicación tierna y preciosa de decir que Cristo viene del linaje de David según la carne: Dios cumple sus

promesas.

Vivimos días en que los compromisos no se honran, la deslealtad es la moneda corriente y las promesas de las personas no se cumplen. Pero nosotros como creyentes tenemos algo firme para apoyarnos y una esperanza preciosa en la cual descansar: el Dios que hace promesas y las cumple es también nuestro Dios. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo es quien nos salva, nos guarda y nos preservará hasta el final conforme a Su promesa. En Él tenemos a alguien seguro en quién apoyar nuestra vida. ¡Él sigue cumpliendo Sus promesas!

PON TUS OJOS EN CRISTO

Al día siguiente Juan vio a Jesús que venía hacia él, y dijo: «Ahí está el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29).

Juan el Bautista era un hombre que vivió maravillado y sobrecogido por la persona de Jesús, su Salvador. Si bien es cierto que, dentro de los estándares de su ámbito social, Juan fue considerado como un profeta loco, raro e insensato, también es cierto que fue un hombre cuerdo y entendido acerca de las realidades espirituales a la luz de la Palabra. Un hombre que parecía insensato ante muchos, pero muy sensato para comprender las verdades del evangelio.

Su vida y ministerio estuvieron saturados por la realidad del Hijo de Dios al punto de maravillarse por completo. Por eso, cuando ve a Jesús, dice: «Ahí está el Cordero de Dios» (Jn 1:29). Estas palabras, más que una descripción, son un anuncio para que todos lo escuchen, lo vean y lo sigan.

El apóstol Juan registra dos veces este acontecimiento en su Evangelio. El profeta ve a Cristo y dice: «Ahí está el Cordero de Dios» (Jn 1:29, 36). Su intención es proclamarlo y se puede apreciar un deseo genuino por dirigir la mirada de los demás hacia el Salvador.

Juan el Bautista no quiere la atención ni la admiración de la gente. Está tan deslumbrado y sobrecogido por Su Señor, que lo único que busca es dirigir la mirada de las personas

hacia el Cordero de Dios. Está conmovido. Sus ojos están en Cristo y quiere que los ojos de los demás también lo estén.

La vivencia, la experiencia y el hecho de ser cautivados por la belleza, grandeza y suficiencia del Señor cambian toda nuestra perspectiva de la vida. Lo que antes valorábamos, dejamos de valorarlo o, al menos, lo valoramos en su justa medida.

Hagamos caso al consejo de Juan el Bautista y miremos con los ojos de la fe al Cordero que entregó Su vida para llevarnos a Dios. Sigamos el consejo de este profeta que preparó a las personas para encontrarse con el Salvador.

¡ABBA, PADRE!

Miren cuán gran amor nos ha otorgado el Padre: que seamos llamados hijos de Dios (1 Juan 3:1).

Es evidente que Juan busca con esta declaración que meditemos esa verdad para que seamos tocados, abrumados y sobrecogidos por esta realidad gloriosa. «Miren», empieza diciendo.

En otras palabras: piensen, mediten, tomen en cuenta, contemplen esta verdad. Somos hijos del Creador. Nuestra relación con Dios ya no es la del Creador con Su criatura, sino la de un Padre con Su hijo. Incluso en eso se expresa el amor de Dios.

La Biblia dice que el amor de Dios se expresa en que nos escogió (Ef 1:4-5); en que dio a Su Hijo (Jn 3:16); en que Cristo muere por nosotros cuando aún éramos pecadores y vivíamos separados de Él (Ro 5:8); y en la realidad de que nos dio vida nueva (Ef 2:4-5). Pero el apóstol Juan agrega y nos recuerda que ese amor también se ha manifestado en que Dios nos adoptó para ser Sus hijos (1 Jn 3:1). ¡Qué glorioso! Podemos llamar a Dios *nuestro Padre*. ¡Abba, Padre!

¿Qué pasaría si dejamos que esta verdad domine la perspectiva que tenemos de nosotros mismos? ¿Qué pasaría si hacemos a un lado nuestros complejos e inseguridades y nos miramos como Dios nos mira?

¿Qué pasaría si dejamos que nuestra posición de hijos sea lo más determinante en nuestra mente y corazón? ¿Qué pasaría si rehusamos hacernos las víctimas y resistimos a la autocompasión para abrazar la realidad eterna y trascendente de que somos hijos de Dios? ¿Por qué no dejamos que nuestra identidad sea definida por la realidad de nuestra adopción?

Esto nos recuerda que la salvación también ha provisto de manera integral para nuestras grandes necesidades como seres humanos, porque en el evangelio encontramos provisión para la necesidad de sentirnos aceptados, amados y protegidos.

Nuestro anhelo de ser aceptados y deseados como hijos han sido llenados completa y eternamente en Cristo. Somos amados de manera tierna y perfecta por nuestro Padre. Somos hijos y Él, como la máxima expresión de un padre amoroso, cuidará de nosotros, nos guiará y proveerá para todas nuestras necesidades. ¡Qué gloriosa verdad!

CRISTO ES DIOS

Pero el testimonio que Yo tengo es mayor que el de Juan; porque las obras que el Padre me ha dado para llevar a cabo, las mismas obras que Yo hago, dan testimonio de Mí, de que el Padre me ha enviado. El Padre que me envió, Él ha dado testimonio de Mí. Pero ustedes no han oído jamás Su voz ni han visto Su apariencia. Y Su palabra no la tienen morando en ustedes, porque no creen en Aquel que Él envió. Ustedes examinan las Escrituras porque piensan tener en ellas la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio de Mí!
(Juan 5:36-39).

En este pasaje, Jesús presenta a quienes nos dan testimonio de Su autoridad. Anteriormente, el apóstol Juan afirma en su Evangelio que Cristo es Dios y, luego, Juan el Bautista afirma que Cristo es el Cordero de Dios.

Cristo menciona otros testigos que dan evidencia acerca de Su persona en este pasaje. Él dice que Sus obras dan testimonio de Él (v. 36). Luego, indica que la voz del Padre da testimonio de Él (vv. 37-38). Al final, nos enseña que las mismas Escrituras dan testimonio de Él (v. 39).

Es decir, menciona las obras (milagros) que ha hecho, también la voz del Padre que vino del cielo diciendo «este es mi Hijo amado». Por último, el Antiguo Testamento y los profetas que anunciaban y anticipaban a Cristo.

Tres voces nos hablan y confirman la autoridad del Hijo de Dios: la voz de los milagros, la voz del cielo y la voz de las Escrituras. Prestemos atención porque el mensaje es claro.

Tres voces que se unen como un coro para proclamar la canción del Hijo. Un canto que confirma que Él es Dios hecho carne.

Tenemos tres evidencias para observar: la evidencia de los milagros, la evidencia del Padre hablando desde el cielo y la evidencia de las profecías antiguas. No cerremos los ojos ante tantas pruebas irrefutables ni tapemos nuestros oídos ante una melodía tan clara. Todos ellos testifican de Cristo y dan evidencia de Su autoridad y poderío.

Nuestra fe está sostenida por algo sólido y objetivo. La fe cristiana está arraigada en el hecho histórico de una persona real que caminó en Palestina y cumplió todas las cosas que los profetas anunciaron acerca de Él. Nuestra esperanza no es una mera ilusión. Es una verdad objetiva.

¡Qué precioso pasaje! Es completo y enriquecedor de tal modo que nos sirve para darnos certeza y confianza de Su persona. Cristo es Dios. ¡Bendito Salvador!

ÉL VOLVERÁ

Sí, vengo pronto
(Apocalipsis 22:20).

Estas son las últimas palabras de los labios de nuestro Señor Jesús que registran las Escrituras. Ciertamente volverá en breve. Tenemos la seguridad de que viene pronto. En estas palabras tenemos una promesa que, al ser comprendida, resulta en una fuente de esperanza y alivio.

Son palabras sencillas pero profundas, dignas de nuestra consideración al contemplar el lugar estratégico que ocupan dentro de la revelación divina. Si miramos cada una de ellas con detenimiento, encontraremos gran consuelo para nuestras almas.

Primero dijo «Sí» o, como también se traduce: «Ciertamente» (RV60). Esto es lo mismo que decir «de cierto, de cierto les digo». Estas palabras siempre me han impresionado porque nos llaman a tomar por cierto todo lo que pronunció nuestro Señor. Nuestra actitud hacia cada palabra pronunciada por nuestro Cristo debe ser con la mayor seriedad, confianza y reverencia. Todas las palabras provenientes de Su boca llevan el peso del cielo porque son dichas por Dios mismo. Pero en esta ocasión, como en los evangelios, nos dice «ciertamente». Esto requiere de nosotros una clase de atención que involucre oídos, mente y corazón. Esta afirmación demanda una concentración del alma y una atención piadosa.

Lo segundo que dice es «vengo». Es decir, el Señor y Rey regresará a la tierra por Su pueblo. La misma promesa de Su regreso que le hizo a Sus primeros discípulos (Jn 14:3) ahora la extiende a toda la iglesia. Él regresará por los Suyos y se manifestará a nosotros (1 Jn 3:2; Col 3:4). De la manera en que se fue, «asimismo vendrá» dijeron los ángeles cuando nuestro Señor ascendió al cielo (Hch 1:11). Su regreso será personal, visible y corporal. Hay algo de lo que podemos estar seguros: ¡Será glorioso! Esta es Su promesa y nuestra esperanza.

Finalmente, dice «pronto». Es decir, «en breve». El sentido de estas palabras sirven para producir expectativa. Ellas deben ser entendidas como una exhortación a permanecer con la anticipación viva de Su regreso. Al decirnos «en breve», nos está invitando a estar vigilantes, expectantes y entusiasmados ante Su regreso inminente. Esta convicción nos fortalecerá y ayudará a enfrentar los desafíos y dificultades sin ser doblegados.

El Cristo que murió, resucitó y ascendió a los cielos es el mismo que un día volverá por los Suyos. Nos dice: «Sí, vengo pronto». Permitamos que esas palabras resuenen en nuestro corazón.

¡Cuánta perspectiva nos ofrecen y cuánto alivio han producido a Su pueblo durante más de dos mil años! ¡Qué esperanza gloriosa!

ACUÉRDATE DE JESUCRISTO

Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, descendiente de David, conforme a mi evangelio (2 Timoteo 2:8).

Imagina que te encuentras en la sala de espera de un centro de consejería. Se abre la puerta y llaman al paciente que está a tu lado. Se cierra la puerta y de pronto, lo que pensabas que sería una sesión a puerta cerrada resulta ser una escena que puede ser vista y escuchada por todos los que están afuera.

Logras oír que el paciente le dice al consejero que está frustrado, desanimado y con muchos temores. Se siente sin fuerzas emocional y mentalmente. Ha tirado la toalla en muchas áreas de su vida. El desaliento es tan fuerte y la oscuridad que experimenta es tan real que ya no tiene deseos de nada.

Finalmente, con voz quebrada, dice que se siente deprimido. Un silencio prolongado genera expectativa. Lo más lógico sería escuchar unas palabras del consejero: un diagnóstico, unas preguntas de seguimiento o unas palabras de ánimo; debería decir algo para romper el silencio que empieza a tornarse incómodo. De pronto, el consejero pronuncia algo: «Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos».

¿Qué quiere decir con «acuérdate de Jesucristo»? ¿De qué manera recordar o pensar en Cristo podrían ayudar a alguien

que está sumido en el desaliento, el desánimo y la depresión?

Permíteme recordarte que estas fueron las palabras que un pastor le mandó a decir a una oveja desanimada, cansada, frustrada y deprimida. Estas fueron las palabras del apóstol Pablo a Timoteo, cuando su discípulo había perdido el entusiasmo y el gozo. Las palabras fueron como la receta que aquel consejero le prescribió a su paciente: «Acuérdate de Jesucristo».

Este remedio no solo se recuerda sino que se mira, se recibe y se ingiere por medio de la fe. Este remedio es para ser tomado y abrazado todo el tiempo. Pablo está dirigiendo la mirada del creyente desalentado hacia el Cristo que murió y se levantó de los muertos. Este «recordar» no es un mero ejercicio mental sino una invitación para que nuestra alma descansa y encuentre reposo en Cristo.

Acordarnos de Jesucristo es el movimiento de ese corazón que se acerca nuevamente al Salvador de nuestras almas. Acordarnos de Jesucristo es la mirada que solo contempla al Redentor para que, poco a poco, nuestro corazón encuentre alivio. En Cristo, se renuevan nuestras fuerzas, se levanta nuestro ánimo, se enciende nuestra luz y se reestablece nuestra esperanza.

Ningún evento ni ninguna persona es mayor que Aquel que nos salvó. ¡Acuérdate de Jesucristo! El Mesías prometido que vino a salvarnos, quien fue levantado de los muertos para estar con Su pueblo y para interceder por ellos para siempre.

SOLO TÚ ERES DIOS

Todas las naciones ante Él son como nada, menos que nada e insignificantes son consideradas por Él (Isaías 40:17).

Las naciones alrededor de Israel eran superiores en tamaño y número. Durante la época de Isaías, Asiria era el imperio económico y militar que dominaba el mundo. Dios había usado a esta nación pagana para castigar a Su pueblo por su desobediencia y rebeldía constante.

Habían sido épocas difíciles para Israel. De hecho, los treintinueve capítulos iniciales del libro de Isaías son un anuncio y una descripción de este juicio divino que vendría sobre el pueblo. Pero el tono del relato cambia cuando leemos el capítulo cuarenta: se anuncia el plan de Dios para traer salvación a los Suyos.

El consuelo y la restauración están a punto de llegar. Es en medio de estas circunstancias que el profeta proclama las siguientes palabras: «Todas las naciones ante Él son como nada, menos que nada e insignificantes son consideradas por Él» (Is 40:17).

Estas palabras eran significativas para el pueblo israelita porque la implicación inmediata era que las naciones (incluyendo la gran e invencible Asiria) son como nada delante de Dios. Hay un poder mayor, una fuerza y autoridad que supera el poderío asirio.

El sentido de admiración, de temor, e incluso de lealtad hacia Asiria, debe sufrir un cambio porque hay Alguien que los supera. Hay *Uno* que merece nuestra reverencia y confianza: el Dios de Israel.

Esa fue la verdad manifestada en el año 722 a. C., cuando Isaías profetizó, y sigue siendo la verdad de nuestra existencia en el siglo XXI. El mundo de hoy es primera y fundamentalmente un mundo que no puede ofrecer nada que se compare al Dios de los cielos.

Él es Dios y no hay otro fuera de Él. Solo Él es digno de nuestra reverencia, obediencia y lealtad. Él es superior a la creación, a los ídolos y a las naciones de la tierra. Ni los poderes humanos ni los poderes de las tinieblas pueden superar ni resistir al Dios que creó y gobierna todo. Solo en Él podemos confiar, descansar y tener esperanza para el futuro. Él es el mismo Dios que nos amó, nos redimió y nos llama Sus hijos. ¡Amén!

EL SEÑOR PENSARÁ EN MI

Por cuanto yo estoy afligido y necesitado,
El Señor me tiene en cuenta.
Tú eres mi ayuda y mi libertador;
Dios mío, no te tardes
(Salmos 40:17).

El ser humano moderno se caracteriza por la noción errónea de su autosuficiencia. El hombre sin Dios evalúa equivocadamente la realidad y concluye que él es fuerte, invencible e independiente. Por eso, ideas como la debilidad y dependencia suenan ofensivas. Su autosuficiencia es la gran mentira que ha creído pero irónicamente se jacta de ello.

Conceptos como *fragilidad*, *debilidad*, *vulnerabilidad* y *necesidad* son los que mejor describen nuestra esencia como humanos. Incluso en nuestros mejores días, seguimos siendo criaturas dependientes y débiles.

Esta realidad se experimenta de una manera más viva e indiscutible en los días de aflicción y angustia. David lo sabía bien (Sal 40:12-15). La adversidad no solo expone nuestra fragilidad, sino que también la acentúa. Los problemas nos muestran cuán débiles somos y a la vez nos hacen desfallecer.

Pero el salmista que estaba en medio de su aflicción —que acentuaba su sensación de pobreza y necesidad— sabía que Dios no era ajeno. Él confiaba en que el Señor no se había desentendido. «Él pensará en mí», se repetía David.

El Dios fuerte, todopoderoso y autosuficiente también piensa en este pobre, débil y necesitado pastor de ovejas. David sabe que Dios no lo olvidó y ese es su motivo de esperanza. Él recuerda que en Dios tiene la ayuda y liberación que necesita y por eso levanta su voz con una mezcla de angustia y esperanza: «Dios mío, no te tardes».

Así es el clamor de quienes saben que Dios no solo tiene poder para socorrer, sino también que Él escucha al pobre y necesitado. El Dios que nos creó y redimió no es indiferente a Su pueblo y David lo sabía. *El Señor pensará en mí.* ¡Qué esperanza gloriosa!

NO DIGAS: “TODO TIEMPO PASADO FUE MEJOR”

No digas: «¿Por qué fueron los días pasados mejores que estos?».
Pues no es sabio que preguntes sobre esto
(Eclesiastés 7:10).

Todos podemos identificar temporadas de nuestras vidas que recordamos con nostalgia. Épocas en las que pudimos experimentar dicha y bendición de una manera especial; épocas de situaciones ideales, recuerdos gratos y experiencias inolvidables. Miramos con añoranza aquellos años, lugares o relaciones; aquel vecindario o aquellos amigos que de alguna manera representan (o fueron instrumentos de) la dicha de ayer.

Pero cometemos un error si hacemos de nuestro lindo pasado el factor más importante de nuestro gozo y paz. Cuando la nostalgia por el pasado se convierte en la emoción más dominante del corazón comenzamos a menospreciar el presente.

Esa nostalgia se convierte en descontento, el descontento en ingratitud y la ingratitud nos puede llevar a la queja y murmuración contra Dios. Como el pueblo de Israel, que luego de ser liberado de Egipto se quejó por su condición presente; la añoranza se convirtió en queja y pecaron contra Dios (Nm 11:4-10).

En el texto de Eclesiastés, el autor nos dice que no somos sabios si estimamos nuestro pasado como «lo mejor».

No hay sabiduría en decir, insinuar o pensar que nuestro pasado es mejor que nuestro presente. Hay necesidad en preguntar «¿Por qué fueron los días pasados mejores que estos?» (Ec 7:12).

Es cierto que debemos ser agradecidos por las cosas buenas que Dios nos permitió vivir en el pasado, pero la nostalgia excesiva por el ayer no es buena señal y tampoco es saludable para nuestras almas. Dios es quien ordena y dirige toda nuestra vida, incluyendo el pasado, presente y futuro. Estimar el pasado como lo mejor es menospreciar las circunstancias presentes y olvidar que Dios las usa como medios para hacernos como Cristo.

El Dios de nuestro pasado es el Dios de nuestro presente y eso es motivo suficiente para estar contentos, conformes, expectantes y entusiasmados. «Lo mejor» es que Cristo dio Su vida por nosotros y que hoy gozamos de salvación eterna.

Dios cumple hoy Su propósito en nuestras vidas y todo está obrando para nuestro bien en el presente. Podemos dar gracias a Dios y decir que Cristo es mejor que todo, incluso mejor que los días buenos del pasado.

Lo bueno de nuestro pasado debe incrementar nuestro amor, deleite y deseo por Dios. Nuestro mayor anhelo y deleite debe ser el Señor y Su gloria, no algún evento o bendición del pasado. «Pon tu delicia en el SEÑOR», decía el salmista (Sal 37:4). Nuestro deleite se incrementa al conocer y adorar cada día más a Cristo. Él es el verdadero gozo de Su pueblo, hoy.

UN GRAN SUMO SACERDOTE

Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino Uno que ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecado. Por tanto, acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna (Hebreos 4:15-16).

Todos los creyentes, sin excepción, tenemos en Cristo un Salvador que también es un Sacerdote: alguien que se presenta ante el Padre en favor de los seres humanos, un mediador entre los pecadores y Dios.

Este Sacerdote vino a la tierra y experimentó las miserias, limitaciones y debilidades propias de la existencia humana. Él conoció lo que es la tentación, la prueba, la dificultad y el dolor, y por eso puede simpatizar con nosotros los pecadores.

La frase «nadie nos entiende mejor que el Señor» es cierta en dos sentidos. Primero, porque Él conoce todas las cosas en virtud de Su omnisciencia. Segundo, porque también fue tentado en todo, aunque sin pecado. Jesús conoce de primera mano lo que es el sufrimiento y la debilidad.

Este Sacerdote se compadece de Su pueblo y es sensible a nuestra condición. Esa es la razón por la cual el autor de Hebreos nos invita a acercarnos. Corramos al Señor, porque nadie nos entiende mejor que Él.

En nuestro pecado, en la tentación y aflicción confiamos que

Cristo es nuestro Sumo Sacerdote. El mediador que presenta constantemente ante Dios la suficiencia y vigencia de Su sacrificio a nuestro favor. El Sacerdote que intercede por Su pueblo de una manera agradable a Dios.

Cada mañana podemos acercarnos al gran Sumo Sacerdote en oración para recibir la ayuda, el perdón, la restauración, la fortaleza y la gracia que necesitamos. Por eso, podemos decir que «nadie nos entiende y nos puede ayudar mejor que nuestro Señor».

Tenemos un gran Sumo Sacerdote en Cristo.

SENDEROS DE JUSTICIA

Me guía por senderos de justicia
Por amor de Su nombre
(Salmos 23:3b).

Cristo es pastor del rebaño que compró con Su sangre. Como buen pastor, no solo dio Su vida por Sus ovejas, sino que también camina con ellas, las protege, alimenta y guía por senderos de justicia. Esto es lo que el salmista dice sobre nuestro pastor.

La expresión «senderos de justicia» no se refiere únicamente a una obediencia externa a los mandatos de Dios. Aunque es cierto que Jesús nos guía por un camino de obediencia y rectitud, estas «sendas» abarcan mucho más.

Esta justicia ingresa a nuestras vidas, toca y transforma hasta lo más profundo de nuestra alma. Afecta nuestras meditaciones, prioridades y anhelos. Se trata de una justicia en toda la extensión de la palabra, tanto externa como interna. Una clase de justicia que nos toma por completo para que vivamos, pensemos y anhelemos como justos.

Que esa sea nuestra meta y deseo: ser guiados por el Buen Pastor por sendas de justicia, hasta que la justicia se convierta en un bien preciado, una virtud deseable y un adorno para el corazón. Que seamos guiados por sendas de justicia hasta que seamos como Cristo, de quien se dijo: «Has amado la justicia y aborrecido la maldad» (Sal 45:7).

Al fin y al cabo, esa justicia es la misma que Jesús logró por medio de Su sacrificio y ahora es nuestra por la fe.

Este mundo dominado por la injusticia y la impiedad necesita que aquellos que hemos sido justificados por Dios trabajemos, fomentemos y nos esforcemos para llevar el aroma de justicia en todo lo que hacemos.

¡Cuán preciosa y necesaria es esta oración!: «Señor, guíame en la senda de la rectitud y la verdad. Que mi vida, mi carácter, mis relaciones, mis actitudes y motivaciones reflejen Tu carácter y obras justas. Quiero ser justo. Guíame por sendas de justicia».

SÉ TÚ MI ROCA

Inclina a mí Tu oído, rescátame pronto;
Sé para mí roca fuerte,
Fortaleza para salvarme.
Porque Tú eres mi roca y mi fortaleza;
Y por amor de Tu nombre me conducirás y me guiarás
(Salmos 31:2-3).

La metáfora de la roca en las Escrituras sirve para comunicar algo sólido, estable e inmovible; algo en lo que podemos apoyarnos sin temor. Muchos autores de la Biblia utilizaron esta metáfora para describir el carácter sólido, firme y estable de Dios.

Por eso Jacob lo llamó la «roca de Israel». Moises y Habacuc dijeron que Él es la roca (Gn 49:24; Dt 32:4; Hab 1:12). El rey David se dirigió a Dios como su roca de refugio y salvación (Sal 19:14; 42:9; 61:2; 62:2). Él es el único digno de nuestra confianza. Podemos descansar en que siempre estará con nosotros, Sus palabras son verdad y Sus obras son seguras. Dios es inmutable y Sus promesas permanecen para siempre. Todo lo demás está sujeto a cambios y variaciones; todas las cosas de este mundo son frágiles, temporales e inestables.

Pero lo cierto es que esta verdad no siempre domina nuestros corazones. Muchas veces somos sacudidos por las circunstancias cambiantes y pasajeras de la vida. Nuestra mente acepta que Dios es la roca firme, pero nuestro corazón no siempre se apoya en Él.

Esto es cierto en todos los creyentes, incluso en el gran David. Por eso escribió algo que puede parecer contradictorio, pero si lo meditamos con detenimiento podemos comprender el sentido de su oración. Primero le pide a Dios: «sé para mí roca fuerte», aunque después reconozca: «Porque tú eres mi roca».

Lo que David experimentó es lo mismo que todo creyente experimenta en algún momento de su vida. Sabemos que Dios es seguro y digno de nuestra confianza, Él es fiel y no cambia. Pero muchas veces esa verdad no toca de manera profunda nuestras almas.

Las pruebas, tentaciones y dificultades de la vida nos sacuden y exponen la fragilidad de nuestra fe. Cuando el peligro y la aflicción nos sacuden, descubrimos que nuestra confianza en Dios no es tan firme como pensábamos.

Pero David no se quedó ahí, sino que llevó ese sentimiento ante Dios y lo presentó en oración. Él sabía que Dios era su roca y precisamente por eso le pedía «sé Tú mi roca». Lo que David está orando, lo podemos orar también de esta manera:

Señor, sé que eres el único en quien puedo confiar, pues eres lo más seguro y estable que tengo. Pero en este momento, lo que mi mente tiene por cierto, mi corazón todavía no lo experimenta. Por eso te pido que me concedas ser fortalecido y que mi corazón sea tocado por aquello que mi mente sabe. Te pido que me des la gracia para confiar y descansar en Ti. Señor, Tú eres lo más seguro; dale a mi corazón el descanso en Ti. Sé Tú mi roca, porque Tú eres mi roca.

SU SANGRE NOS LIMPIA DE TODA MALDAD

Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

El pecado ofende a Dios y necesitamos confesarlo cada día para recibir perdón. El perdón diario fluye de la fuente misma del calvario, donde Cristo pagó con Su sangre el castigo que nuestros pecados merecían.

Pero lo peligroso del pecado no solo es la transgresión de una ley, sino también su poder contaminante y corruptor. Debemos recordar que el pecado ensucia al pecador y endurece su corazón. Afecta nuestra capacidad para confiar, amar y gozarnos en el Señor.

El pecado ensucia nuestra visión de Dios y reduce en gran manera nuestra habilidad para seguirle y deleitarnos en Él. Por eso necesitamos Su perdón, para ser lavados y purificados por el Señor.

Después de pecar, el rey David confesó su pecado con estas palabras: «Lávame por completo de mi maldad y límpiame de mi pecado» (Sal 51:2). Él conocía el poder contaminante del pecado y su oración es una expresión de esa conciencia. Por eso, luego le pide: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio» (Sal 51:10).

El apóstol Juan dice: «Él es fiel y justo para perdonar

nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad», y dos versos antes nos dice que la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado (v. 7). La sangre que nos salvó en la cruz es la misma que nos limpia de culpa y contaminación día tras día. Su sangre preciosa todavía es abundante, eficaz y suficiente para perdonarnos y limpiarnos de toda maldad.

Corramos a esa misma fuente donde la sangre sigue fluyendo, porque allí seremos perdonados y purificados de la contaminación del pecado. La sangre de Cristo nos libra y nos santifica. Su sangre es perdón y purificación.

NO SOMOS NUESTROS

¿O no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en ustedes, el cual tienen de Dios, y que ustedes no se pertenecen a sí mismos?

(1 Corintios 6:19).

Pablo nos recuerda que somos templo del Espíritu Santo. Él habita en nosotros y, por lo tanto, le pertenecemos a Dios. Pero esta verdad se complementa con otra de igual importancia: «no se pertenecen a sí mismos», es decir, que los creyentes no somos nuestros.

La expresión «¿o no saben?» es como decirles: «ustedes lo saben muy bien». Con el fin de ser enfático, lo que Pablo dice también se puede expresar así: «ustedes saben muy bien que no se pertenecen a ustedes mismos».

Ahora bien, lo que subyace a esta declaración es la redención. El lenguaje de la redención es la base que da forma al argumento de Pablo: somos de Dios y no nos pertenecemos porque Él nos compró. No somos nuestros, somos siervos del Señor.

Los cristianos respondemos «¡amén!» con entusiasmo a la verdad de que somos de Él. Estamos persuadidos y lo celebramos. Sin embargo, no siempre es así con la verdad complementaria, que «no somos nuestros». Por lo general, no asociamos ambas verdades en nuestras mentes.

Es decir, la convicción de que ahora pertenecemos a Cristo no siempre viene acompañada de su realidad gemela: no nos pertenecemos a nosotros mismos. No siempre miramos ambos asuntos juntos. No deberíamos separarlos, porque la Biblia no lo hace. Decir que somos de Cristo y que no nos pertenecemos son las dos caras de una misma moneda, aunque por lo general se nos olvide esta segunda parte.

Este doble sentido del que estoy hablando es bien captado en la respuesta a la primera pregunta del Catecismo de Heidelberg:

Pregunta: ¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?

Respuesta: Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo.

Somos de Cristo en cuerpo, alma y mente. Nuestra vida es del Señor y Él hace según Su sabia y buena voluntad. No nos pertenecemos. Somos Su posesión y eso es glorioso.

CONTEMPLAR LA HERMOSURA DEL SEÑOR

Una cosa he pedido al SEÑOR, y esa buscaré:
Que habite yo en la casa del SEÑOR todos los días de mi vida,
Para contemplar la hermosura del SEÑOR
Y para meditar en Su templo
(Salmos 27:4).

Este salmo combina muy bien dos verdades que sería bueno considerar: la primera, Dios es quien nos concede un corazón para buscarlo y abre nuestros ojos para verlo en toda Su hermosura. La segunda verdad es que somos nosotros quienes pedimos que esto sea una realidad en nuestras vidas. Sus hijos anhelamos y pedimos que nos regale la dicha de verlo y estar con Él.

El salmista se presenta como una persona con un intenso anhelo de ver y contemplar la grandeza del Señor. El corazón del salmista explota ante el anhelo de mirar la belleza de su Dios. Por eso es enfático al decir «una cosa he pedido... esa buscaré».

Pero David no solo está deseoso, sino también persuadido de que esto es don de Dios. Él sabe que el Señor es quien lo otorga y por eso lo pide en oración.

Es la prerrogativa de Dios abrir los ojos de nuestra alma para verlo majestuoso, suficiente y precioso. Él tiene el poder de alumbrar nuestros corazones, pero somos nosotros, Sus redimidos, quienes le buscamos y pedimos que nos lo otorgue.

Él lo da y nosotros lo pedimos.

El apóstol Pablo dice que es Dios quien causa la luz natural y también quien produce la luz espiritual en el corazón de los pecadores (2 Co 4:6). Esto es cierto desde la conversión hasta el final de nuestros días. Dios ilumina al pecador para que vea la belleza de Cristo y sea convertido. Es Dios quién también resplandece para que el creyente lo siga viendo hermoso y suficiente.

Una de las implicaciones de esta verdad es que cuando nuestros ojos no puedan percibir a Jesús como lo más hermoso, dulce y majestuoso, entonces podemos pedir a Dios que nos permita ver Su belleza. Podemos rogarle que nos ayude a ver al Señor como lo más deseable y precioso.

Debemos buscarlo y podemos orar diciendo: «Una cosa te he pedido mi Señor, esa buscaré; que yo esté en Tu casa todos los días de mi vida, para contemplar Tu hermosura. Amén».

LA CREACIÓN RESTAURADA

Y por medio de Él reconciliar todas las cosas consigo, habiendo hecho la paz por medio de la sangre de Su cruz, por medio de Él, repito, ya sean las que están en la tierra o las que están en los cielos (Colosenses 1:20).

Pablo dice que Dios reconcilia consigo mismo toda la creación por medio de Cristo. Es decir, en Cristo hay una reconciliación entre la creación y Dios. Toda la creación vuelve a Dios para sujetarse y estar en armonía con su Creador.

La cruz restaura el orden y funcionamiento apropiado de toda la creación buena de Dios (Ro 8:19-22). El desorden, la separación, la esclavitud y la corrupción a la que quedó sometida la creación será cambiada por orden, paz, libertad, vida e incorruptibilidad, gracias a la sangre derramada en la cruz.

Esto es motivo de esperanza. Esperanza real y segura. Un día todo regresará al orden sano, placentero y armonioso que Dios quiso para Su creación buena.

Hoy podemos llorar, gemir y sufrir, pero tenemos la esperanza de saber que este estado actual de las cosas no es permanente. La condición presente del mundo no es definitiva. El dolor, la angustia, la muerte, la injusticia y los malos entendidos son temporales. Un día todas estas cosas no serán parte de la creación restaurada por Dios.

El Señor ha provisto una redención eterna y completa obtenida en la cruz del calvario. Todo será reparado y restaurado al orden sabio y bueno de Dios. Todo, incluyendo las cosas en la tierra y en los cielos.

Meditemos y pidamos al Señor que nos dé convicción de esta realidad futura. Que la esperanza de estar con Cristo en gloria no sea solo como una mera ilusión, sino lo que verdaderamente es: una realidad objetiva que aguardamos y de la que participaremos por siempre.

Oremos que la vida eterna y los cielos nuevos y tierra nueva sean realidades que estén vivas y presentes en nuestras mentes y corazones. Que la futura restauración de la creación le dé forma a nuestros pensamientos, que nos consuele en el sufrimiento, que nos guíe en cómo vivir e interpretar esta realidad actual llamada mundo.

DESDE LOS TIEMPOS ETERNOS

Con la esperanza de vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde los tiempos eternos (Tito 1:2).

Dios prometió Su salvación incluso antes de que todo fuese creado. El apóstol Pablo dice que fuimos escogidos antes de la fundación del mundo (Ef 1:14) y Pedro dice que Cristo fue destinado desde antes de la fundación del mundo para ser el cordero sin mancha que moriría por nosotros (1 P 1:20).

Meditar en este misterio puede ser de mucho provecho para nuestras almas. Dios, desde antes de que el mundo fuese creado, ya había destinado a Cristo para morir como sacrificio sustitutorio por Su pueblo. También destinó a quienes salvaría. En este versículo, Pablo dice que Dios había prometido la esperanza de la vida eterna.

Lo más precioso es que Dios ordenó que esto quedara registrado en las Escrituras. Es decir, el Señor quiso que los cristianos supiéramos que esta salvación fue deseada, preparada y prometida desde antes que el mundo existiera. Antes que el primer ser humano respirara y que el primer pecado se cometiera.

Dios quiere que sepamos que aquello que Él hizo, hace y hará en nosotros es la realización de un plan que Él decretó incluso antes de nuestro nacimiento. Dios ha estado llevando a cabo este plan de salvación fielmente desde antes de la

antes de la fundación del mundo.

El propósito eterno de Dios trasciende el tiempo y no depende de lo que suceda en la tierra. Su propósito es seguro y no está subordinado a lo que los seres humanos podamos hacer o dejar de hacer.

Podemos confiar y descansar en que cada cosa, cada evento, cada aflicción, cada prueba son como pequeñas partes de este gran rompecabezas que Dios está armando de acuerdo a Su propósito sabio y eterno. Esto es glorioso y esperanzador.

Nuestra salvación, y cada etapa de ella, forman parte de una historia que comenzó antes de que nuestra vida comenzara. Tenemos una salvación segura. Cada dificultad, lejos de ser una interrupción en nuestras vidas, puede ser vista como algo que Dios ordena para nuestro bien, como parte del cumplimiento de Sus planes eternos. ¡Gloria a Dios!

GOZO Y PAZ POR EL ESPÍRITU SANTO

Y el Dios de la esperanza los llene de todo gozo y paz en el creer, para que abunden en esperanza por el poder del Espíritu Santo (Romanos 15:13).

Cuando escuchamos la frase «nada es imposible para Dios», casi siempre lo relacionamos con la capacidad que tiene el Señor para hacer obras extraordinarias. Viene a nuestra mente Su poder para hacer cosas imposibles: un milagro, una sanidad, una respuesta a una petición o cosas por el estilo. Los creyentes sabemos que Dios es poderoso para hacer todo lo que se propone. Su poder no tiene límites.

No obstante, Pablo habla del poder divino en este versículo como la fuerza que nos vigoriza desde adentro. El apóstol ve al poder de Dios como aquella capacidad que llena nuestros corazones de gozo y paz.

Estas palabras son una mezcla de deseo y oración. Lo que Pablo quiere y pide para estos creyentes es que sean visitados por el poder del Espíritu y experimenten de maneras nuevas, abundantes y más profundas, la paz y el gozo que necesitan.

Esto no solo es un modelo de oración, también es un testimonio de la reserva inagotable del poder del Espíritu Santo, quien nos invita a refugiarnos en Él cuando nos falta gozo y paz.

Cuando los creyentes estamos llenos de temor y tristeza por

as situaciones que atravesamos, debemos recordar que el mismo poder que sanó enfermos, sostiene el mundo y levantó a Jesús de los muertos, está disponible para nosotros.

Los hijos de Dios podemos acercarnos a Él y orar para que Su Espíritu nos llene de gozo y paz en medio de la angustia, la congoja y el desaliento. Tenemos un poder eficaz e ilimitado a nuestra disposición. Podemos elevar nuestra oración diciendo:

Oh Dios de esperanza, llénanos de todo gozo y paz mientras confiamos en Ti, para que abunde la esperanza. Oh Santo Espíritu, ven con Tu poder y echa el temor, la angustia y la tristeza fuera de nuestros corazones, y llénalo de Tu gozo y paz. En el nombre de Jesús. Amén.

EN ESTO MEDITEN

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo digno, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo honorable, si hay alguna virtud o algo que merece elogio, en esto mediten (Filipenses 4:8).

La Biblia nos enseña que Dios es bueno, justo, puro y verdadero. Por lo tanto, lo bueno, puro, justo y verdadero a lo que Pablo se refiere es todo aquello que refleja el carácter de Dios.

Todo lo que tiene virtud y merece alabanza es una referencia a Dios, porque Él es la fuente de todas las virtudes y el más digno de alabanza.

Lo bello, bueno y verdadero es aquello que refleja el carácter de Cristo, porque Él encarna la verdad, justicia y bondad de Dios. Por eso Jesús dijo: «Yo soy la verdad» (Jn 14:6). Dios en Cristo es la verdad por excelencia y la mayor realidad. Todas las otras verdades surgen y dependen de esta verdad superior. Todas las otras realidades de nuestra existencia deben ser entendidas en relación a Dios y Cristo.

Entonces, lo que Pablo está diciendo se puede resumir de esta manera: todas las cosas que mires en el mundo, debes mirarlas en relación con Dios.

Debemos evaluar cada evento, persona o situación conforme a la verdad de Dios. Cada cosa que juzgamos e interpretamos,

debemos hacerlo conforme a la justicia de Dios. Debemos hacer todo conforme a la verdad, bondad, pureza y justicia divina.

Así cumpliremos lo que este mandato significa: «en esto mediten».

El resultado de este ejercicio será que llamarás bueno a todo que Dios llama bueno; juzgarás como verdadero lo que está de acuerdo con la verdad y carácter de Dios; tendrás como justo solo lo que está en conformidad con la justicia de Dios. Considerarás precioso y digno de alabanza lo que está en armonía con lo que Dios considera precioso y digno de alabanza.

La realidad objetiva de Dios debe ser la base, el marco y la meta de nuestra meditación. De esta manera, estaremos usando nuestras mentes para Su gloria. Que el Señor nos ayude.

SOBRE EL AUTOR

Gerson Morey es miembro del concilio pastoral de Coalición por el Evangelio. Actualmente sirve como pastor en la Iglesia Día de Adoración, en la ciudad de Davie, al Sur de la Florida (EE.UU.). Está casado con Aidee y tienen tres hijos: Christopher, Denilson y Johanan. Es el autor del libro *La humildad: El llamado a vivir vidas de bajo perfil* (B&H Español, 2021).



www.coalicionporelevangelio.org